

bladas casi todas de bellas y elegantes damas, nada es tan grato, decimos, como la aparición de uno de esos astros de primer orden. Un murmullo general anuncia su presencia; las miradas de la multitud dirigen a un solo punto. . . . Allí, entre el universal aplauso, á pié ó en carruaje, aparece la *maja* ostentando con imitable gracia su caprichoso atavío, enriquecido con cuantos accesorios lo hacen notable. Harto comprende la que lo lleva, que en aquellos instantes es objeto de la general admiración; y el viyo sonrosado de sus mejillas, que presta nueva luz á sus negros ojos, suele en estas ocasiones ser, más bien que indicio del amor propio satisfecho, anuncio de esa noble timidez que siente la persona sensata, juzgándose empequeñecida ante los exagerados elogios. No lo son éstos en rigor tanto como parecen, si consideramos lo impresionable que es este pueblo, teniendo á la vez presente que esas ilustres *majas* unen en muy alto grado al prestigio de la juventud el encanto de la belleza. Una cualidad más les es absolutamente indispensable: al decir de cierta noble señora, para nada se necesita en sociedad tanto talento como para dar bromas, aunque sean ligeras: aplicando análoga idea al objeto de que tratamos, puede asegurarse que para nada se necesita maneras más escogidas que para vestir el traje andaluz. Saber llevarlo con graciosa soltura, sin que el donaire degenera en descaro, ni los gallardos movimientos pequen de afectación, cosa es tan difícil que muchas jóvenes se arredran de usarlo, temerosas de no acertar con el justo medio.

Otro motivo existe de temor para algunas: el traje de *maja*, especie de broma que se da al pueblo, fácilmente faculta á cualquier jóven atrevido para que por altiva que sea la que lo lleve, pueda arrojar el sombrero á sus piés, profiriendo alguno de esos apóstrofes, usados sólo en esta tierra, que aun siendo inofensivos como generalmente lo son, hieren la modestia de la que es objeto de ellos.

Sentimos habernos extendido demasiado hablando de nuestros trajes, y sólo el deseo de manifestar el error en que incurren sobre este particular algunos, pudo inducirnos á ello. A propósito de lo que decimos: al trazar estas líneas llega á nuestras manos el artículo de una *touriste* inglesa, que traducido de un periódico de Londres, inserta en sus columnas otro de esta localidad. La viajera, despues de mencionar algunos bailes y reuniones adonde concurren muchas damas elegantes de la capital andaluza, y de celebrar la belleza de éstas, añade: «Necesito agregar que todas visten á la moda parisien.» Gracias deben darse á la discreta y amable viajera que tanto aprecio manifiesta en su artículo á nuestra querida ciudad; mas nos duele que haya necesitado agregar que las damas de Sevilla *visten á la moda parisien*, es de-

cir, que aquí vestimos á la europea, y duélenos esto únicamente porque en esa aclaración creemos ver confirmada la suposición de que léjos de aquí hay quien pueda dudarlo.

(Continuara.)

ANTONIA DIAZ DE LAMARQUE.

## EL SUEÑO DE UN ARTISTA.

En una deliciosa mañana del mes de Mayo, despues de dar un largo paseo por el Retiro, entré á contemplar por centésima vez las maravillas que en el bello Museo de pinturas se contienen. El cansancio del paseo y la contemplación de algunos cuadros enervaron mis fuerzas, conmovieron mi alma y cubrieron mis sentidos insensiblemente hasta dejarme extasiado en brazos de la más dulce fantasía.

Cuando más absorto estaba, noté sorprendido que el techo del Museo se iba elevando poco á poco, que las paredes huían lentamente, que los cuadros se movían, se multiplicaban y crecían, tomando proporciones colosales, hasta el punto que un momento despues la bóveda del Museo se confundía con la bóveda del cielo, y los cuadros, en número infinito como las estrellas, cubrían el horizonte y llenaban el espacio. El mundo era un Museo inmenso, donde estaban representados todos los grandes artistas.

Allí estaban Apeles, con su *Vénus dormida* y su *Alejandro*; Fidias, con su *Minerva* y su *Júpiter*; Praxíteles con su gracioso grupo de *Vénus* y el *Amor*; Miguel Angel, con su *David*, su *Moisés* y su *Juicio final*; Rafael de Urbino, con su *Bella Jardinera*, *La Escuela de Atenas*, *La Perla*, *El Pasma de Sicilia*, *Atila*, *El Parnaso* y *La Trasfiguración*; Murillo, con su *Santa Clara*, su *Concepción* y *El Mendigo*; Velazquez, con *La Rendición de Breda*, *Las Meninas* y *Los Borrachos*; Ticiano, con su *Judit* y su *Vénus y Adonis*.

Allí estaban todas las obras maestras creadas por los grandes genios de la pintura y escultura.

Cada uno de ellos, rodeado de sus mejores producciones, constituía una hermosa constelación, que marcaba la historia de la humanidad. Abismado ante tan sublime cuadro, y sin saber qué admirar más, si la grandeza del pensamiento ó la belleza de la composición, quedé aterrado al ver que las figuras y estatuas, animándose por momentos, abandonaban sus asientos y echaron á correr en horrible confusión.

Vi á Moisés, seguido del pueblo de Dios, correr en pos de la tierra prometida, atropellando por todo y destruyendo naciones enteras: vi á Alejandro Magno invadir la Persia, la Asiria, la Babilonia y el Egipto: vi á César recorrer las Galias y el Oriente: vi á Anibal cruzar